

Las más antiguas incineraciones ibéricas localizadas, segunda mitad del siglo VI a. de C. se encuentran en la Hoya de Santa Ana, y en los Villares (Hoya Gonzalo), culminando este período con el monumento torriforme de Pozo Moro. Es posible que también las esculturas de la "bicha" de Balazote, las esfinges de El Salobral y Bogarra correspondieran a monumentos de gran tamaño (*Chapa Brunet, 1985*). Por el contrario las figuras de El Macalón, Nerpío; La Losa, Casas de Juan Núñez; la cierva de Caudete, y el toro de la Hoya de Santa Ana se podrían relacionar con los pilares estela, otro tipo de construcción monumental pero de menor tamaño.

En un segundo momento, a partir de la mitad del siglo V a. de C., estos edificios son destruidos por causas desconocidas, aunque se piensa que tiene que ver con una "revolución" de tipo socio-político de ámbito local (*Ruano Ruiz, 1987*, t. II, pp. 87 y ss.), que tiene sus raíces en un rechazo a una "monarquía" de corte sagrado. Los enterramientos de estructura tumular (*Blánquez Pérez, 1988*) caracterizan el "paisaje" de los cementerios en esta nueva fase, reaprovechando en algunos casos fragmentos de las construcciones anteriores.

Lo que queda claro es que el espacio elegido para la ubicación de la necrópolis mantiene su significado, en lo que sería propiamente un recinto delimitado especialmente para la vida de ultratumba. En él se realizarían los banquetes funerarios en honor del muerto, tal y como ocurre en la "tumba" 25 de Los Villares (*Blánquez Pérez, 1984*, p. 43), que no es propiamente un enterramiento sino más bien un depósito votivo en el que se guardaron todas las piezas, entre las que cabe señalar las 22 vasijas de cerámica ática, fechadas entre fines del siglo V y principios del IV a. de C.

El cadáver era incinerado en una pira de leña, bien fuera del recinto de la necrópolis, bien en el interior de la misma y sus huesos una vez lavados o limpiados se depositaban en la urna, caso de que la tuviera, y se tapaba con una tapadera. El ajuar que acompaña al muerto: armamento, fusayolas, fíbulas, cerámicas, restos de ofrendas de alimentos, etcétera, sirve para que en su viaje y en la vida futura esté bien provisto de todo aquello que le haga falta. Esta creencia en el más allá es un índice de la complejidad de las creencias religiosas de los íberos, complejidad que se complementa con el hecho de la sacralización de la misma tumba por medios muy diversos, desde su cubrición por un adobe y una piedra hasta